

LIBERTAD E IGUALDAD

RAYMOND ARON

LIBERTAD E IGUALDAD

CONFERENCIA
EN EL COLLÈGE DE FRANCE

Edición y prólogo de
Pierre Manent

Traducción de
Luis González Castro

PÁGINA INDÓMITA

Título original:
Liberté et égalité. Cours au Collège de France

© Éditions de l'École des Hautes
Études en Sciences Sociales, 2013
© de la traducción, Luis González Castro
© de la presente edición, PÁGINA INDÓMITA, S.L.U.
Providencia 114 bis, 4º 4ª. 08024 Barcelona
www.paginaindomita.com

Diseño de cubierta y composición: Ángel Uzkiانو
Impresión y encuadernación: Romanyà Valls
Primera edición: abril de 2021

Todos los derechos reservados

ISBN: 978-84-122404-5-0
Depósito legal: C-69-2021

ÍNDICE

PRÓLOGO, POR PIERRE MANENT	9
Advertencia	41
LIBERTAD E IGUALDAD	45
Las libertades en las democracias liberales	53
Conciencia de la libertad y representación de la buena sociedad	61
Problemas filosóficos y experiencias de la libertad	66
El rechazo total frente a la sociedad, entendido como una nueva forma de pensar	74
Libertad política y libertad filosófica	77

La afortunada excepción representada por las sociedades libres	83
Bibliografía	87
Índice onomástico	97

PRÓLOGO

LA POLÍTICA COMO CIENCIA Y COMO PREOCUPACIÓN

La obra de Raymond Aron es como la política misma: aparentemente de fácil acceso y, sin embargo, de difícil comprensión en última instancia y en sus fines últimos.

Abordamos la política con nuestras pasiones, que consideramos generosas, y nuestras opiniones, que creemos esclarecidas. Así lo hacen espontáneamente los ciudadanos de las democracias modernas, y así lo hizo, o así comenzó haciéndolo, el propio Aron. Llegado a la vejez, el autor puso a sus *Memorias* el siguiente subtítulo: *Medio siglo de reflexión política*. Y ello significaba en verdad medio siglo de educación política, puesto que uno nunca llega a ser un ciudadano perfectamente ilustrado. Nunca se tienen del todo claras las pasiones y las opiniones propias. Comprender la política es, por lo tanto, una educación, un ejercicio interminable de humanidad, porque la expe-

riencia de las acciones y palabras de los hombres siempre nos sorprende y nos plantea preguntas que no esperábamos. Así, Aron escudriñó la vida política con incansable atención hasta su último día, puesto que no podía abandonar el lugar donde la humanidad se prueba a sí misma.

El propio autor habló de sus años de formación de manera bastante precisa.¹ Alcanzó la mayoría de edad en un momento en que la política en Europa había comenzado a poner en peligro la civilización europea. Y pronto la llevaría al borde de la aniquilación. La educación inicial que Aron había recibido todavía expresaba la confianza en el progreso —el progreso de la sociedad y de la cultura, lo cual parecía ser un hecho constatable, así como un derecho adquirido—. Incluso después de la Primera Guerra Mundial, las disciplinas

1. Véanse sus *Mémoires*, Julliard, París, 1983 (reed. con pról. de Tzvetan Todorov, Robert Laffont, París, 2003) [hay trad. cast. de Elisenda Julibert: *Memorias. Medio siglo de reflexión política*, RBA, Barcelona, 2013], así como *Le spectateur engagé, entretiens avec Jean-Louis Missika et Dominique Wolton*, Julliard, París, 1981 (reed. Éditions de Fallois, París, 2004) [hay trad. cast. de Luis González Castro: *El observador comprometido. Conversaciones con Jean-Louis Missika y Dominique Wolton*, Página Indómita, Barcelona, 2019].

intelectuales que reinaban en Francia reflejaron, cada una en su propio lenguaje, esta confianza en el movimiento de la sociedad y el espíritu humanos. Aron tuvo que encontrar su propio camino por oposición a aquellos hombres de edad avanzada por los que sentía admiración y aprecio. Frente al pacifismo apolítico de Alain, frente al progresismo idealista de Léon Brunschvicg, captó cada vez con más agudeza, una agudeza alimentada por el desasosiego, lo mucho que el destino de los hombres depende de la manera en que conducen su vida política. Si la Primera Guerra Mundial no había bastado para quebrar las certezas de los numerosos franceses deseosos de reanudar la vida anterior, incluida en primer lugar la vida intelectual, lo cierto es que lo que sucedía al otro lado del Rin llamó muy rápidamente la atención de Aron y puso en marcha esa investigación a la que dedicaría su vida.

Como él mismo dijo, Alemania fue su destino en muchos sentidos. Entre 1930 y 1933 pasó dos largas temporadas allí, primero en Colonia y luego en Berlín. Y vio cómo esa Alemania, que él amaba, rechazaba los principios fundamentales de la vida europea. Desde su llegada a Colonia, tuvo la abrumadora sensación de que la historia había virado y se encaminaba a lo peor. Sin embargo, fue también en Alemania don-

de encontró las herramientas teóricas que le iban a permitir afrontar intelectualmente los acontecimientos que se avecinaban. Y Max Weber fue el héroe de esta temprana madurez aroniana. Obsequió a Aron con su infatigable curiosidad, su capacidad de penetrar en los más diversos universos espirituales, su preocupación por alcanzar una rigurosa explicación causal. También le ofreció aquello de lo que tanto carecía la mayoría de los sociólogos franceses contemporáneos, el sentido del conflicto, del drama, y a menudo la tragedia, que es la aventura humana. Aron corregiría más tarde lo que había de inmoderado e imprudente en la forma weberiana de llevar las oposiciones a su clímax, y de ver a veces contradicciones donde una mente más sobria o un corazón más sereno habrían discernido compatibilidades o, al menos, tensiones controlables. Por ejemplo, nuestro autor pondría en duda más tarde el que, según un sorprendente ejemplo de Weber, *Las flores del mal* de Baudelaire fueran hermosas *porque eran* inmorales.² En cual-

2. Véase el prólogo de Raymond Aron a la obra de Max Weber *Le savant et le politique*, trad. Julien Freund, París, Plon, 1959, p. 52 (col. «Recherches en sciences humaines») [hay. trad. cast. de Francisco Rubio Llorente: «Prólogo», en Max Weber, *El político y el científico*, Alianza, Madrid, 2012].

quier caso, en la década de 1930 Aron encontró en la sociología alemana el equipamiento intelectual y en parte también el *Stimmung*³ con el que atravesaría los años oscuros.

Fue poco antes de la Segunda Guerra Mundial cuando la educación francesa y la alemana de Aron encontraron su culminación sintética. En 1938, nuestro autor defendió su tesis doctoral de Filosofía: *Introducción a la filosofía de la historia. Ensayo sobre los límites de la objetividad histórica*.⁴ No es cuestión de explicar aquí este estudio detallado de la «condición histórica» del hombre, de modo que digamos simplemente que Aron recorre las distintas formas de presencia, experiencia y conocimiento de los tiempos: desde el conocimiento de sí hasta el conocimiento de los demás, desde los variados universos espirituales en los que se ubica el individuo hasta la pluralidad de

3. Término alemán traducible aquí por *estado de ánimo, espíritu*. (N. del T.)

4. *Introduction à la philosophie de l'histoire. Essai sur les limites de l'objectivité historique* (1938), Gallimard, París, 1967 (col. «Bibliothèque des histoires») [hay trad. cast. de Ángela H. de Gaos: *Introducción a la filosofía de la historia. Ensayo sobre los límites de la objetividad histórica*, Losada, Buenos Aires, 2006].

perspectivas que se le ofrecen como actor y como espectador, como hombre común y como historiador. Digamos sobre todo que es para permanecer fiel a este hecho de la pluralidad de la historicidad humana que Aron critica con fuerza el evolucionismo determinista, por un lado, y el relativismo histórico, por el otro. Y es que se trata de dos estrategias opuestas, pero igualmente ruinosas, para neutralizar o abolir el carácter específico de la condición histórica del hombre y su tragedia específica, que consiste precisamente en que el hombre no es ni señor ni juguete del tiempo. Al final de este largo trabajo, Aron se coloca, y nos deja, en el filo de la navaja. Por muy «histórica» que sea la condición del hombre, nuestro autor se niega a hacer derivar la filosofía de cualquier *otra cosa* que la determinaría en el terreno de la historia. A sus ojos, la historia jamás puede convertirse en una sustituta de la filosofía. Al final de este informe sobre su formación, pues en eso consiste su tesis, Aron se detiene en este punto fijo de su perplejidad como filósofo atormentado por el drama humano: «La posibilidad de una filosofía de la historia se confunde finalmente con la posibilidad de una filosofía a pesar de la historia».⁵

5. *Ibid.*, p. 401.

Es al año siguiente cuando Aron se convierte en Aron. El 17 de junio de 1939, «entre la paz y la guerra, en ese régimen intermedio que conocemos», el autor presenta una comunicación ante la Sociedad Francesa de Filosofía: *Estados democráticos y Estados totalitarios*. Se trata de un análisis político brillante, vanguardista y sobrio hasta el punto de la aspereza, sobre la situación de la Europa al borde de la guerra. No hay en él ni una palabra para complacer a ninguna de las dos partes, ni una sílaba que denote el afán de escucharse a uno mismo. Las lecturas de Aron —Pareto, Weber, etc.— son puestas al servicio de la comprensión de aquello que constituye la naturaleza respectiva de los regímenes totalitarios y los democráticos, una comprensión que no se ve alterada por las urgencias de la acción pero que, al mismo tiempo, retiene lo que importa para la acción inminente. Nos encontramos con esta apelación a la *virtù* que marca el tono de lo que Aron llamará muchos años después, con cierta ironía, su «maquiavelismo moderado»:

Los regímenes totalitarios del siglo xx han demostrado que no hay idea más errónea que la consistente en que la administración de las cosas reemplace al

gobierno de las personas.⁶ Lo que ha quedado claro es que, si uno quiere administrar todas las cosas, debe al mismo tiempo gobernar a todas las personas.

En segundo lugar, la condición necesaria para que los regímenes democráticos puedan sobrevivir es la reconstrucción de una élite gobernante que no sea ni cínica ni cobarde, que tenga coraje político sin caer en el maquiavelismo puro y simple. Necesitamos, por lo tanto, una élite gobernante con confianza en sí misma y con sentido de su propia misión.

Por último, y esto es lo más difícil, es necesario reconstituir en los regímenes democráticos un mínimo de fe o de voluntad común.⁷

6. Aron alude aquí a la célebre fórmula marxiana (recogida por Engels en el *Anti-Dühring*): en la sociedad posterior a la revolución comunista, la administración de las cosas reemplazará al gobierno de las personas. La fórmula es en realidad de Saint-Simon, según el propio Aron observa en *Introducción a la filosofía política. Democracia y revolución*, Página Indómita, Barcelona, 2015, p. 192. (*N. del T.*)

7. «États démocratiques et États totalitaires», comunicación presentada a la Société française de philosophie el 17 de junio de 1939, y publicada posteriormente en el *Bulletin de la Société française de philosophie*, n.º 2, 1946, y en Raymond Aron, *Penser la liberté, penser la démocratie*, ed. y pról. Nicolas Bavezez, Gallimard, París, 2005, pp. 69-70 (col. «Quarto»).